Era una noche oscura

Alcotán

Capítulo 1

No era una noche cualquiera. El invierno ya hacía tiempo que se había instalado en Inglaterra y los vestidos cortos daban paso a grandes y cálidos abrigos. La lluvia se volvía compañera de todo londinense y los niños, ya sin colegio, se ilusionaban con la posibilidad de jugar con la nieve. Pero esa noche no, esa noche no había nada de eso. Una extraña aura se apoderaba de todos los rincones sin hacer prisioneros con su débil fulgor. Un búho, en lo alto de las copas, vigilaba la ciudad, consciente de que nada bueno ocurriría en presencia de tan ominoso silencio, un silencio antinatural, un silencio que se escuchaba. No era una noche cualquiera, no, esta era una noche oscura.

La tenue luz de la luna intuía a un hombre, un hombre silencioso, que recorría las sombras sin ser visto. Invisible para el ojo humano si uno no sabe dónde mirar. El búho anunciaba su llegada ululando a la luz de la luna, casi intentando avisar de lo que estaba a punto de suceder, sabedor de mucho pero condenado a no poder compartirlo. Pasaron cinco minutos en los que el misterioso individuo recorrió sin parar las calles de Londres, a un paso rápido pero lento en apariencia. Tenía en su cabeza cada callejón, cada esquina, cada sombra. Parecía convencido en no cambiar su rumbo, hasta que lo hizo, como si supiera exactamente que debía que hacer, como si no fuera su primera vez. Fue un movimiento perfectamente equilibrado, igual que todos los que hacía, calculado para no moverse más de lo necesario. Buscando el intermedio entre la brusquedad y la agilidad el hombre giró. Cambió su dirección hacía una casa, una gran mansión. Dicha mansión tenía un jardín precioso. Un jardín que en primavera desprendería vida en estado puro, lleno de flores de todas las tonalidades, pero ya no era primavera. Toda esa vida de la que el propio jardín se jactaba, presumiéndola con vivos colores, quedaba empañada por la oscuridad de la noche, y el calor se hallaba congelado por el frio que la silenciosa figura desprendía.

tapado con un gran edredón hecho a base de flores. Flores con todas las tonalidades posibles, empañadas por la oscuridad de la noche y congeladas por el frío que la silenciosa figura desprendía .

Sin dudar, el hombre recorrió el jardín, a paso lento, sin prisa. Justo antes de llegar a la entrada de la casa, dejó en el suelo su sombrero negro, un Homburg. El precio de este dejaba claro que no era un hombre cualquiera, que no tenía problemas cuando acababan los meses, que no se dirigía a pedir limosna en una casa de caridad. Para alguien que no estuviera atento, ese sombrero habría aparecido de la nada, y solo si pone toda su atención distinguiría la silueta que se disponía a subir las pequeñas escaleras que daban paso a lo que cualquier persona denominaría palacio. Tocó a la puerta suavemente, después con más intensidad, hasta que una luz iluminó el gran ventanal del piso superior. Entonces, como si nunca

hubiera estado ahí, el misterioso hombre desapareció dejando como único rastro su sombrero.

-¿Quién será a estas horas, Michael?- Preguntaba en ese instante la señora Stuart.

-No te preocupes cariño, ya bajo yo- Contestaba el señor Stuart, mientras se deshacía de la sábana de seda dorada de gran calidad y se calzaba sus nuevas zapatillas de algodón importado de Egipto.

Mientras bajaba las escaleras, un gélido frío le recorrió el cuerpo, acariciándole los huesos, entrando y saliendo de él como si de una ventana se tratara. Con su gran bata puesta, abrió la puerta dispuesto a encararse con quienquiera que se presentara en su casa a tales horas. Pero para su desconcierto, no había nadie. Un miedo atroz le inundó el cuerpo mezclado con el frío de la noche. "Me estarán gastando una broma" pensaba ingenuamente. Cuando se disponía a volver al interior, divisó a lo lejos un objeto. Bajo la niebla de la noche, se podía intuir la forma de un sombrero, pero estaba a la distancia justa para hacer dudar a Michael, como si alguien lo hubiera colocado ahí conscientemente, como si todo fuera una trampa. Una infortunada curiosidad le atacó, impidiéndole retirarse, sabiendo que no podría dormir sin haber descubierto quién había llamado a su puerta y porque había un sombrero en medio de su jardín. Poco a poco fue alejándose, a pasos cortos, recorriendo con la mirada todos los rincones, haciendo caso omiso al frío y al miedo. Para cuando llegó allí, ya no había sombrero. Michael, ofendido, creyendo que se estaban riendo de él, empezó a recorrer el jardín, histérico, preparado para atizar al personaje en cuestión.

Tras unos minutos de búsqueda, Stuart decidió que ya era suficiente. "No se merecen mi tiempo" se decía a sí mismo tratando de autoconvencerse de que el asunto no tenía importancia. Michael era consciente de que algo no iba bien, de que algo no estaba en su sitio, no sabía explicarlo. Nadie podría hacerlo. El búho en lo alto se apiadaba de su alma.

Seguía dándole vueltas mientras llegaba al umbral de la puerta. "Qué raro, no recuerdo haberla cerrado." Michael, vacilante, se acercó al escondite donde siempre guardaba un manojo de llaves de repuesto, pero tampoco estaban. Una sensación de angustia se apoderó de su cuerpo, sin sustituir el frío. Se complementaban y se mezclaban en lo más profundo de su ser. Stuart giraba la cabeza con movimientos bruscos, se sentía observado; tenía miedo, mucho miedo. Mientras el pánico se apoderaba de Michael, el búho bramó y una sombra empezó a cobrar vida. Una sombra que el pobre hombre no veía pero la sentía, la sentía como cuando una madre siente las suaves patadas de su hijo. Como cuando un anciano siente que ha llegado su día y deja que la muerte lo guíe hacia su final. Y así como hacen los ancianos, se dejó llevar. Sentía que era insignificante ante la inmensidad de la oscuridad, que no merecía la pena

intentar gritar ni correr, sentía que ese era exactamente el lugar donde tenía que estar, hasta que de repente, no sintió nada. Fue un disparo al corazón, silencioso y cruel.